

Había una vez un hombre que tenía tres hijas y las tres eran muy guapas. Casi nunca las dejaba salir de su casa, y una vez que se fue de viaje les encargó que no le abriesen la puerta a nadie, pero que a nadie en el mundo.

En una de las ventanas que daban a la calle había una macetita de albahacas que cada día le tocaba regar a una de las tres hermanas. Cuando el padre ya se había marchado, salió el primer día la hermana mayor a regar la maceta, en el momento en que pasaba por allí el hijo del rey. Éste, al ver a la muchacha, le dijo:

—Niña que riegas las albahacas,

¿cuántas hojitas tiene la mata?

La mayor no supo qué contestar y se metió para adentro avergonzada. Les contó a sus hermanas lo que había pasado y entonces la de en medio dijo:

—¡Anda, tonta! Mañana, que me toca a mí, ya veréis lo que le digo.

Al día siguiente salió la de en medio a regar la maceta, cuando pasó el hijo del rey, que le dijo:

—Niña que riegas las albahacas,

¿cuántas hojitas tiene la mata?

Pero tampoco la de en medio acertó a decir nada y se metió para adentro con mucha vergüenza.

—¡Mira que sois tontas las dos! —dijo la pequeña, que se llamaba Mariquilla—. Ya veréis mañana.

Al día siguiente salió la pequeña a regar la maceta y pasó también el hijo del rey, que le dijo lo mismo:

—Niña que riegas las albahacas,

¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y Mariquilla entonces le contestó:

—Caballero del alto plumero,
usted que sabrá de leer y escribir,
de sumar y de restar,
¿cuántas estrellitas tiene el cielo
y arenitas tiene el mar?

El hijo del rey no supo qué contestar y la niña se echó a reír. Entonces él se fue para su palacio muy avergonzado, pero pensando en vengarse.

Al día siguiente volvió a pasar el príncipe por delante de la casa, pero no vio a la niña, y al otro día tampoco. Entonces pensó disfrazarse de encajero y así salió por las calles vendiendo encajes. Cuando pasó por delante de la casa donde vivían las tres hermanas, se puso a pregonar muy fuerte, hasta que las tres se asomaron a la ventana a ver qué era lo que vendía. Y cada una quería esto y aquello y lo de más allá. El encajero dijo que no podía venderles desde la calle y que bajaran a la puerta. Las dos mayores no querían bajar, porque tendrían que abrirle, pero Mariquilla porfió tanto, diciendo que no iba a pasar nada, que al fin bajaron las tres a comprarle al encajero. La pequeña escogió una puntilla y le preguntó que cuánto quería por ella. Y él contestó:

—Siendo para ti, sólo quiero que me des un beso. Y a vosotras también. Todo lo que llevo lo vendo por un beso.

—¡Huy, ni hablar! ¡Eso sí que no! —dijeron las dos mayores.

Pero la pequeña dijo:

—Qué más da, si no nos va a ver nadie. Total, por un beso...

Así que la niña le dio un beso al encajero y se quedó con la puntilla.

Al día siguiente volvió a pasar el hijo del rey mientras Mariquilla regaba sus albahacas, y le preguntó:

—Niña que riegas las albahacas,

¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y ella le contestó:

—Caballero del alto plumero,
usted que sabrá de leer y escribir,
de sumar y de restar,
¿cuántas estrellitas tiene el cielo
y arenitas tiene el mar?

A lo que el príncipe contestó:

—¿Y el beso del encajero
estuvo malo o estuvo bueno?

Con eso Mariquilla comprendió lo que había pasado y se metió para adentro llenita de vergüenza, pero pensando en que tenía que vengarse. Y no volvió a regar la maceta, sino que sólo lo hacían sus hermanas, por lo que el hijo del rey ya no pudo verla. Éste cayó entonces enfermo, tan enfermo que no había médico que lo pudiera curar. Cuando se enteró la niña, se vistió de médico y acudió a los alrededores del castillo, haciéndose pasar por un médico extranjero de los mejores. Por fin se hizo llamar por el rey.

—Está bien, señor rey. Yo voy a curar a su hijo. Pero con la condición de que nadie entre en la habitación, por mucho que oigan gritar. Porque es una cura muy dolorosa. A ver, que me traigan un rábano y un mazo.

Así lo hicieron y la niña se quedó a solas con el príncipe, que se hallaba en la cama dando suspiros.

—Vamos, diga usted la verdad —le dijo ella, como si fuera el médico—. Usted lo que tiene es mal de amores. Usted está enamorado de alguna mocita, ¿a que sí?

Y el príncipe dijo:

—Sí, es verdad. Esa puñetera niña me tiene malo...

—Pues eso sólo se cura metiéndole una cosa por el culo.

Y dicho y hecho, antes de que el otro se diera cuenta, de un mazazo le metió el nabo en el culo. El príncipe se puso a chillar, pero cuanto más chillaba, más fuerte le daba ella con el mazo, hasta que le metió el rábano enterito, y allí dejó al enfermo chillando

como un alma del purgatorio.

A los pocos días volvió la niña a salir a la ventana a regar las albahacas, cuando otra vez pasó el príncipe y le dijo:

—Niña que riegas las albahacas,

¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y contestó la niña:

—Caballero del alto plumero,

usted que sabrá de leer y escribir,

de sumar y de restar,

¿cuántas estrellitas tiene el cielo

y arenitas tiene el mar?

Y el príncipe le contestó:

—¿Y el beso del encajero

estuvo malo o estuvo bueno?

Entonces Mariquilla le dijo:

—¿Y el rábano por el culo

estuvo blando o estuvo duro?

Y en seguida se metió para adentro, echándose a reír, venga a reír.

El príncipe, el pobre, regresó a su palacio todo avergonzado y lleno de rabia, con lo que determinó que su venganza sería terrible.

Pasó el tiempo y ya había vuelto el padre de las tres hermanas de su viaje, cuando un buen día lo hicieron llamar de palacio. Se presentó el hombre muy asustado y el rey, que había tomado cartas en el asunto, le dijo:

—Mañana vienes a verme otra vez, pero pon mucho cuidado, que tienes que presentarte vestido y desnudo. Si no lo haces así, te castigaré a ti y a tus hijas. Sobre

todo a la más pequeña, que quizá no la vuelvas a ver.

El hombre regresó muy triste a su casa, pensando cómo podría cumplir lo que le había mandado el rey. Las hijas mayores no hacían más que llorar, pero Mariquilla le daba vueltas en la cabeza, hasta que dijo:

—¡Ya lo tengo! Le haremos a papá un medio pantalón y una media chaqueta, y de esa manera irá vestido y desnudo.

Así fue.

Se pasaron toda la noche cosiendo las tres hermanas, y al día siguiente se presentó el hombre con aquella facha en el palacio, que todos se reían de él. Pero el rey no tuvo más remedio que aprobarlo. Y le preguntó que de quién había sido la idea. Entonces el hombre le dijo que de una hija pequeña que tenía la mar de lista.

—Ya me lo imaginaba yo —dijo el rey—. Está bien, pues mañana te presentas montado y a pie. Y si no lo haces así, te castigaré a ti y a tus hijas. Sobre todo a la más pequeña, que quizá no la vuelvas a ver.

Regresó el hombre muy preocupado a su casa y dijo a sus hijas:

—Ahora sí que no tenemos escapatoria.

Y otra vez las dos mayores se pusieron a llorar, y Mariquilla a cavilar, hasta que dio con la solución:

—No lloréis, so tontas, que la cosa tiene fácil arreglo. Lo único que hay que hacer es comprar una cabra.

Y así fue que al día siguiente iba ese hombre para el palacio con una pierna montada en la cabra y la otra andando, y juntando a los chiquillos por la calle. Pero el rey no tuvo más remedio que aprobarlo y le preguntó que de quién había sido la idea. Contestó el hombre que de su hija la más pequeña.

—Ya me lo imaginaba yo —dijo el rey—. Está bien; pues mañana te presentas con tus tres mocitas preñadas. Y si no lo haces así, te castigaré a ti y a tus hijas. Sobre todo a la más pequeña, que quizá no la vuelvas a ver.

Cuando las hermanas mayores se enteraron, se echaron a llorar como unas magdalenas, pero Mariquilla les dijo:

—Pero bueno, si ésta es la prueba más fácil. Sólo tenemos que amarrarnos unos cojines debajo del vestido. ¡Y no se atreverá el rey ni nadie a tocarnos!

Conque al día siguiente se presentaron las tres como tres preñaditas, con su padre. El rey no se atrevió a comprobarlo, de las miradas que le echó Mariquilla, y que decía:

—¿Estamos bien así, majestad?

—Oh, sí, desde luego que sí —contestó el rey—. Y como habéis ganado, pedidme cada una lo que queráis.

La mayor pidió una manzana y la de en medio una pera, y con eso se conformaron. Pero Mariquilla preguntó:

—Y si lo que yo pido no puede usted dármelo, ¿qué pasa?

—Pues te daré cualquier otra cosa.

—Por ejemplo... ¿la mano del príncipe?

El rey se echó a reír, pero no se negó, pensando que nada le sería imposible concederle en primer lugar. Pero entonces Mariquilla dijo:

—Está bien, pues yo lo que quiero es nieve asada.

—¿Cómo? —dijeron todos.

—He dicho nieve asada. Eso es lo que quiero.

—Eso es imposible —le dijeron al rey.

Y, efectivamente, si ponían nieve a la lumbre, se derretía; y si la ponían en un cazo, se derretía también. Ningún cocinero del mundo podía hacer nieve asada.

—¿Ve usted? —dijo Mariquilla—. Pues igual de difícil es que tres doncellas estén preñadas. Y acto seguido ella se quitó el cojín y mandó que hicieran lo mismo sus hermanas.

—Está bien, mujer —dijo el rey—. Ahora no tendré más remedio que casarte con el príncipe.

Bueno, pues se casaron. Pero ni el rey ni el príncipe estaban conformes con todo lo que había pasado, y Mariquilla, que se temía lo peor, dijo que se iba a acostar sola. Pero entonces puso en la cama un muñeco muy parecido a ella, lleno de licor, con una cuerda en la cabeza. Ella se metió debajo de la cama. Al poco tiempo llegó el príncipe con un puñal muy grande, muy grande, y dijo:

—¿Te acuerdas, Mariquilla, cuando para burlarte de mí me preguntaste cuántas estrellitas tiene el cielo y arenitas tiene el mar?

Y ella tiraba de la cuerda y la cabeza del muñeco decía que sí. Y el príncipe siguió diciendo:

—¿Y te acuerdas cuando por burlarte de mí te disfrazaste de médico y me metiste un rábano por el culo?

Y el muñeco decía sí. Entonces él se sacó el puñal y le pegó una puñalá al muñeco, que soltó un chorro de licor y le dio a él en la boca. Entonces el príncipe gritó:

—¡Ay, Mariquilla, qué dulce tienes la muerte y qué agria la vida!

Pero ella salió de debajo de la cama y dijo:

—¡Mierda pa ti, que estoy bien viva y que ya me voy de aquí!

Y salió corriendo y no paró hasta que llegó a su casa.

Y colorín colorao, este cuento se ha acabao.